www.elboomeran.com

Xavier
Franquesa

Gafas de ciego

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2013

© Xavier Franquesa, 2012

© **Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2013**

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-939426-7-0

Depósito legal: B. 4569-2013

Diseño de la cubierta: Júlia de Quadras Alamán

Impresión y encuadernación: Grup4, Badalona

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

*A mi hija Anna y a Toni Comas,
a quien debo la idea de la posdata*

Mártires, sabios, amantes —gente
de la más alta categoría humana—
se entienden a través de la mirada.

GREGOR VON REZZORI

La hora es importante.

Yvonne salió del piso minutos después de que dieran las ocho. Un desayuno frugal, para guardar la línea, y como cada mañana se dispuso a pasear a Dog, un perro joven, un dálmata con pedigrí de buen tamaño, todo antes de acudir al trabajo para abrir la tienda. Ella, francesa de nacimiento, de París, era la dueña de *Le feu des fées* una boutique de prendas exclusivas, a la moda, con un precioso escaparate en la zona más chic de la avenida; por cierto, no muy lejos del parque donde cabe ubicar el lujoso apartamento. La boutique solía abrirla a las nueve en punto.

Ya en el ascensor revolvió el bolso en busca de las llaves. No las encontraba. El llavero no aparecía por ninguna parte. Pronto se dio cuenta de que las había olvidado en el apartamento, y el mundo se le vino encima. Eso sí era un apuro y no el paseo matinal de Dog, las necesidades del perro podían esperar. Ahora llegaría tarde, le darían las tantas mientras esperaba a que llegara el cerrajero y cambiara la cerradura.

Merde alors! Porque esa era la otra parte del problema: sin las llaves de la portería tampoco podía salir a la calle, así que, atrapada entre dos fuegos, esperó a que el ascensor se posara suavemente en el vestíbulo pensando que era mejor no ponerse nerviosa; tenía el presentimiento de que tarde o temprano las llaves terminarían

por acordarse de su dueña y todo se arreglaría. Dog ni se enteró, se veía ya correteando por el parque con sus amigos, Perla y Gilgamesh, perros de clase también, lustrosos y elegantes, pero en lo que a bulto se refería mucho más discretos. Inquieto, el dálmata tiraba de la correa tratando de alcanzar la puerta; a esas horas la calle se ofrecía tranquila, como siempre, invitando a pasear, a cruzar la estrecha calle para perderse entre los árboles.

Desde luego era el momento, el perro estaba en lo cierto, ¿por qué quedarse en la portería si a dos pasos sus amiguetes rondaban ya por el parque como siempre, como todos los días? Lo curioso, lo verdaderamente significativo es que su dueña no hizo nada para salir del paso, fue el vestíbulo, la desazón a su alrededor quien comenzó a moverse por su cuenta. De repente, pues también el tiempo se toma sus pausas para referirse al más rabioso presente, con el miedo a la inactividad, al frío y a un posible resfriado, Yvonne se arrebujó en uno de los enormes sillones de piel clara, color teja, y poco a poco empezó a ponerse sentimental. La puerta acristalada que daba al exterior, donde se leía al revés el número doce, no era ya un obstáculo insalvable para que cruzara las piernas y dando un repaso a lo más escueto de su figura se ensimismara en los zapatos, en las medias oscuras, en la falda negra que le quedaba muy corta, y orientara su figura y algo más hacia la calle. Se miró al espejo; sentada en el sillón y con el perro a sus pies el tropiezo parecía poco serio, menos importante.

Dog no hablaba, claro, no decía nada, algún que otro gemido anunciaba su impaciencia y, puestos a no comprender, al perro le dio por fijarse también en su indu-

mentaria. Pese a vestir a lunares, de blanco y negro, él nunca aprendería a contar las innumerables manchas que poblaban su piel, por eso no dejaba de mirarlas y en secreto de admirarlas; eran un distintivo, la gloria de su raza. No, nunca se enteraría, pero la escena se les figuró a ambos el colmo del despropósito, con Dog husmeando ya la hierba y su dueña pensando en las musarañas.

Y no andaban lejos. Porque en circunstancias especiales dos minutos son una eternidad, cuando la rutina se interrumpe y sin dejar de serlo se prolonga en instantes inexistentes hasta entonces, instantes con los que no se contaba pero más vacíos que una cuenta bancaria sin saldo. En esos minutos, Ivonne empezó a ahorrar y a través del móvil primero, jugando luego con la memoria, de oídas, consultó mentalmente con amistades y clientes, se dispuso a salir a pedir ayuda y consejo al jardinero del parque, al tendero de la esquina, al mozo del restaurante, todo sin inmutarse. Es verdad, no podía salir; por eso, en honor a la verdad, no movió un músculo.

Lo primero que le vino a la cabeza fue el nombre de Eduardo, su novio y amante, lo uno o lo otro, aunque nunca lo sabría. No estaba segura pero le pareció recordar que el martes se llevó una copia de las llaves al salir de madrugada del apartamento. Estaba convencida de haberlo visto con el llavero en la mano a punto de entrar en el ascensor, pero se resignó enseguida a no tomar en cuenta esta posibilidad, no era práctico confiar en su ayuda; probablemente, Eduardo dormía todavía, quizá empezara con calma a levantarse, pero lejos, al otro lado del río. No es que dudara de su buena voluntad, él la quería, lo daba por seguro, pero lejos era muy lejos, tardaría más

de hora y media en llegar en metro al lugar de los hechos. Ni ella ni Dog podían esperar tanto.

Contra todo pronóstico se sentía feliz, abandonada allí a un futuro sin puerta, ya lejos de papá y mamá, aunque le entró coraje, rabia también, como contraste, por seguir perseverando en el vestíbulo convaleciente de pasividad; comprobaba además, en el diccionario, que feliz sólo era una palabra y la felicidad se las arreglaba sin apenas sinónimos.

Casi en penumbra, el día se había levantado legañoso y la luz esperaba la hora de comer para alcanzar la puerta; Yvonne le daba vueltas a la situación sin moverse del sillón, la rabia iba por dentro y no necesitaba levantarse para estar presente. Sin embargo, cada vez más resignada empezó a movilizar otro tipo de recursos pensando en mil equívocos, pretextos. La soledad le dio alas y pensó entonces que quizá fuera el momento de recordar lo mejor, las más selectas cualidades de sus seres queridos, es decir, que por fin se puso a trabajar. Y así es como, sin necesidad, porque el apuro no era precisamente un amigo, repasó de cabo a rabo la agenda en su memoria dejando lo mejor para el final.

¿Y Karen? ¿Dónde estaría ahora su amiga?

Sentada al piano la pasión por Karen era su *note bleue*. Desinteresada, gratuita, tanto que daba pie a todo tipo de eufemismos y llamarla amistad, por ejemplo, en femenino, resultaba lo más apropiado. ¡Ah, el amor! Porque era ella quien le abría esa puerta. Con nombre propio no dejaba de ser un mal bicho en su opinión, un escozor que vive de correspondencias, de llamadas telefónicas, de conexiones en la red, pero que ante todo se

caracteriza por ser un combate, una escaramuza cuyo objetivo le quedaba claro: acomodarse en el hueco de una ausencia.

«¡Pero eso era ayer!», exclamó contrariada. Lo que ahora le faltaba era una llave, algo aparentemente insignificante, y Karen podía avisar a su amigo Harker para que abriera la puerta, para que cambiara la cerradura.

Seguía inmóvil, sentada, y sin hacer el más mínimo esfuerzo se dio por enterada de que la operación no iba a resultar insignificante.

No hacía ni una semana que casi le ocurrió lo mismo. Fue Dog quien la salvó por los pelos. Oyó un ruido extraño en el apartamento y al volver el perro instintivamente sobre sus pasos la correa quedó atascada entre la puerta y el dintel. Yvonne quiso cerrar y a punto estuvo de pillarse la mano. Entró de nuevo en el apartamento, otra vez, y allí pensó en todo menos en la llave, pero cuando ya estaba otra vez frente a la puerta, a punto de salir, la vio reposando sobre el mármol del buró y agradecida le dio a Dog unas palmadas en el lomo. El perro se la quedó mirando, se había puesto en lo peor y ya se veía sin ronda matinal, sin los amigos, sin premio. Porque los perros se ponen muy contentos cuando se los saca a pasear para que los pobres hagan sus necesidades. Al fin cerró la puerta con la llave en la mano, bien sujeto el llavero, segura de llevarlo consigo y de poder entrar de nuevo en el apartamento al terminar la ronda por el parque, que la ocupaba cada mañana antes de abrir la boutique. Pero luego de pulsar el botón del ascensor, Yvonne llamó al timbre del apartamento por si alguien, desde dentro, salía a recibirla y pudiera ella presentarse sin com-

plejos, sintiéndose nueva o portadora al menos de buenas noticias.

Fue un gesto maquinal, la consabida escena de escalera. Suele ocurrir; cuando una visita inesperada cierra la puerta, porque nadie la esperaba, y al abrirla nosotros nos da toda la razón. La verdad es que esas visitas no abundan, o quedan muy pocas, e Yvonne se decepcionó enseguida a uno y otro lado de la puerta. Resignada aceptó entonces la realidad: llevarse la llave no era cerrar la puerta, sino errar a perpetuidad por la vida con el consuelo de un refugio, es decir, una forma permanente de escapar, como el agua cuando sale del grifo.

En aquella ocasión, sabiendo que lo mejor es quedarse con todo aquello que nos es conocido, sin tentar la suerte, el susto fue de aúpa y prometió dedicarse al arte, volver a tocar el piano si la circunstancia se repetía. La verdad es que el piano y su música se adecuaban a la perfección a toda clase de sorpresas, y su interior, el meollo incomunicable del asunto, había que rehacerlo técnicamente una y otra vez ejercitando los dedos; aunque la pobre se enfrentaba a un deseo, a un ansia incorregible, la de no saber, o no querer saber del piano en legítima defensa. El piano era pues un modo exquisito de hacer memoria pero sin contarle a nadie el secreto de los dedos.

Quizá se pasara de la raya al llegar a esta y otras conclusiones, porque el percance se quedó en aviso, no prosperó en tratar de convencerla, y como el arte y su técnica advierten siempre, lo hacen de balde sobre la falta de compromiso, de responsabilidad, ausentarse del piso sin tomar las debidas precauciones no era música de buena ley, de eso estaba segura.

Reposaba el sillón, reposaba de nacimiento; pero ella, más ligera que una pluma con estos y otros pensamientos, cruzó más si cabe las piernas en señal de que aceptaba su ingravidez, la naturaleza ligera de las ideas. ¡Qué ironía! Reía hacia dentro, pero no era capaz de mirarse otra vez al espejo, de encarar un reflejo que la observaba sin malicia muy cerca, casi enfrente. Cruzar la mirada con aquella desconocida y su perro, simetría perfecta en plena sequía sentimental, en la más completa ausencia de emociones, era tentar la discreción, reiterar el cruce de recriminaciones y por último de malos pensamientos. No, no hablaría, y negaba con la cabeza, no lo haría primero, esperaría, pediría permiso, así es como se comportan los objetos significativos engalanados para la ocasión, cuando un objeto representa a otro objeto que no sabe hablar porque ignora si ha de hacerlo dadas las circunstancias.

Pero, y preguntárselo siempre sale a cuenta, ¿cuál era la causa de su inactividad, de la parálisis que se había apoderado de su preciosa cabeza? Porque el desvarío seguía a lo suyo, no por casualidad Yvonne lo había puesto a trabajar en busca de un remiendo para entrar de nuevo en el apartamento, de una vulgar chapuza, una cualquiera, capaz de enlazar el antes y el después, de volver a tender la cuerda floja de la rutina.

No era fácil. Yvonne deseaba anticiparse a los hechos y el tiempo real se convertía entonces en una ciénaga impracticable. Atrasar el reloj a las ocho de la mañana remontando el curso de los acontecimientos... Casi nada. Se dice pronto. Y como el ser humano es estúpido por naturaleza no renunció a su parte de culpa.